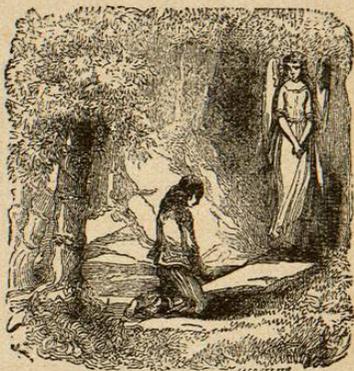


» que premia las virtudes, ó castiga
 » severamente los vicios, sin que ningún
 » mortal pueda frustrar los decretos de
 » su justicia. La religión te lo enseña,



» y no necesito detenerme ahora en
 » probarte una verdad de que estás bien
 » convencido. ¡ Ah ! si Virginia ha sido
 » feliz con nosotros, lo será actualmente
 » mucho más con la posesión de su
 » criador. Así es de esperar de la infinita
 » bondad de Dios, y de la justicia con
 » que juzga á sus criaturas. Vuelvo á

» repetir : Virginia es feliz en el cielo :
 » y si desde la morada de los ángeles
 » pudiera comunicarse á ti, te diría como
 » por última despedida : ¡ Oh, Pablo !
 » la vida no es más que una continua
 » prueba. Yo atravesé los mares por
 » obedecer á mis padres : renuncié las
 » riquezas por conservar mi fe, y preferí
 » la muerte á la violación del pudor. El
 » cielo me ha libertado en premio, de la
 » pobreza, de la calumnia y de todos los
 » males que afligen al linaje humano en
 » ese globo de miserias, donde la vida
 » está en continua lucha con la muerte,
 » y la inocencia con la injusticia ; ¡ y tú
 » me lamentas ! Aquí gozo de una dicha
 » eterna é inefable, sin mezcla de dis-
 » gustos ni zozobras que la perturben.
 » Sufre, pues, el estaño de prueba, en
 » que te ha puesto la Providencia en ese
 » mundo, para ser feliz conmigo en
 » este por toda una eternidad. Aquí
 » tendrán fin tus penas, y se enjugarán

» tus lágrimas. ¡ Oh, Pablo ! ¡ Pablo !
 » eleva tu alma á lo infinito, para
 » soportar los trabajos de un instante. »

Al llegar aquí, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo, mirándome de hito en hito, exclamó :
 « ¡ Pero ella no vive ! ¡ ella no vive ! » y una larga congoja se siguió á estas dolorosas expresiones. Después, volviendo en sí, me dijo : « Ya que la muerte » es un bien, y Virginia feliz, quiero morir cuanto antes para juntarme con » ella. » De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, sólo sirvieron para fomentar más su pena : y me vi entonces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo, que se sumerge en un río, sin querer nadar. El dolor tenía sumergido á Pablo. ¡ Ay de mí ! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida ; y Pablo no había experimentado ninguna.

Volvímos, por fin, á su cabaña, donde

encontré á su madre y á madama de La Tour en peores estado que antes de nuestra salida ; pero particularmente Margarita era la que se hallaba más abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que menos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente : « Sabed, » vecino, como esta noche me pareció » ver á Virginia vestida de blanco, en » medio de florestas y jardines deliciosos, » que me decía : Yo gozo de una felicidad » digna de envidia. Después se acercó » á Pablo con semblante muy risueño, » y se le llevó consigo ; y como yo hiciese » esfuerzos para detener á mi hijo, experimenté que yo misma dejaba la tierra, y » le seguía con un gusto indecible. Quise » entonces despedirme de mi amiga, mas » vi que nos seguía con Domingo y María. » Pero lo que me parece más extraño » (continuó), es que madama de La Tour

» ha tenido un sueño esta noche, acom-
 » pañado de las mismas circunstancias. »

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podría tener alguna analogía con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero, sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mujeres, tardó bien poco en realizarse. Pablo murió dos meses después de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho días después de la de su hijo, con una alegría que sólo la virtud es capaz de experimentar; despidiéndose con la mayor ternura de madama de La Tour, y con la esperanza, como ella decía, de una dulce y eterna reunión en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobrevivieron mucho tiempo á sus amas.

El pobre Leal también murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increíble grandeza de alma, fué madama de La Tour á quien yo llevé en mi compañía. Esta valerosa mujer, después de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar más que los de éstos, me hablaba todos los días de ellos, como de unos amigos estimados que vivían en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tía de París, lejos de atribuirle madama de La Tour sus males, pedía á Dios la perdonara y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que, según supimos después, la agitaron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tía desapiadada, no tardó en experimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que pos-

teriormente llegaron á esta isla se supo que estaba poseida de una especie de melancolía, que le hacía igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á sí misma el fin prematuro de su sobrinita, y la muerte de su madre, que á ella se había seguido; como se aplaudía de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su bajo modo de pensar, como ella decía, habían deshonrado su casa y familia. Á veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en París: « ¿ Por qué » no los envían, exclamaba, á estos » haraganes á perecer en nuestras colonias? » Á temporadas daba en ser devota, y otras por el extremo opuesto, sin acertar jamás á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que más aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos natu-

rales de la sangre, á la avaricia de su corazón y á la vanidad de su familia, y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos parientes que aborrecía. Y habiendo intentado, en venganza, enajenar lo más pingüe de su patrimonio, porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de manía á que estaba sujeta, la hicieron encerrar como loca, y pusieron sus bienes en administración. Así que sus mismas riquezas fueron la causa de su perdición; y como ellas habían empedernido el corazón de la que las poseía, por la misma razón endurecieron el de los que las deseaban. En suma, para colmo de su desgracia, murió con bastante conocimiento para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habían dirigido durante su vida.

• Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fué enterrado su amigo Pablo; y alrededor

de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles, ni se grabaron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos á quienes tenían obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor, de que huyeron cuando vivían; prefieren al contrario, andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parajes de esta isla que eternizarán la pérdida de Virginia. Se ve cerca de la isleta del

Ámbar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el paso *del San Gerando*, del nombre del navío en que naufragó Virginia. La extremidad de aquella larga punta de tierra que veis, á tres leguas de aquí, medio cubierta con las olas del mar, y que *el San Gerando* no pudo doblar la víspera del huracán para entrar en el puerto, se llama el Cabo Desgraciado; y ved allí enfrente de nosotros, en los confines de ese valle, la Bahía del Sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituírle á su familia, y tributar los últimos homenajes á su pudor, en las mismas playas que ella había honrado con la inocencia de su vida.

¡Jóvenes tan tiernamente unidos!
¡madres desgraciadas! ¡amadas familias!
estos bosques que os daban su sombra,
estas fuentes que manaban para vosotros,
estos oteros donde reposabais todos juntos,
lloran todavía el haberos perdido. Nadie,

después acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros verjeles están destruidos; vuestros pájaros han huído; y sólo se oyen los silbidos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos; como un viajero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano, derramando abundantes lágrimas, y las mías habían corrido más de una vez durante esta funesta relación.



10
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

10678

NO. CLAS.

N

S149p

AUTOR 1737-1814

Saint Pierre, Jacques Henri Bernardin

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

10678

"ALFONSO REYES"

N

S149p

Saint Pierre, Jacques Henri Bernardin -

de, 1737-1814

Pablo y Virginia.

